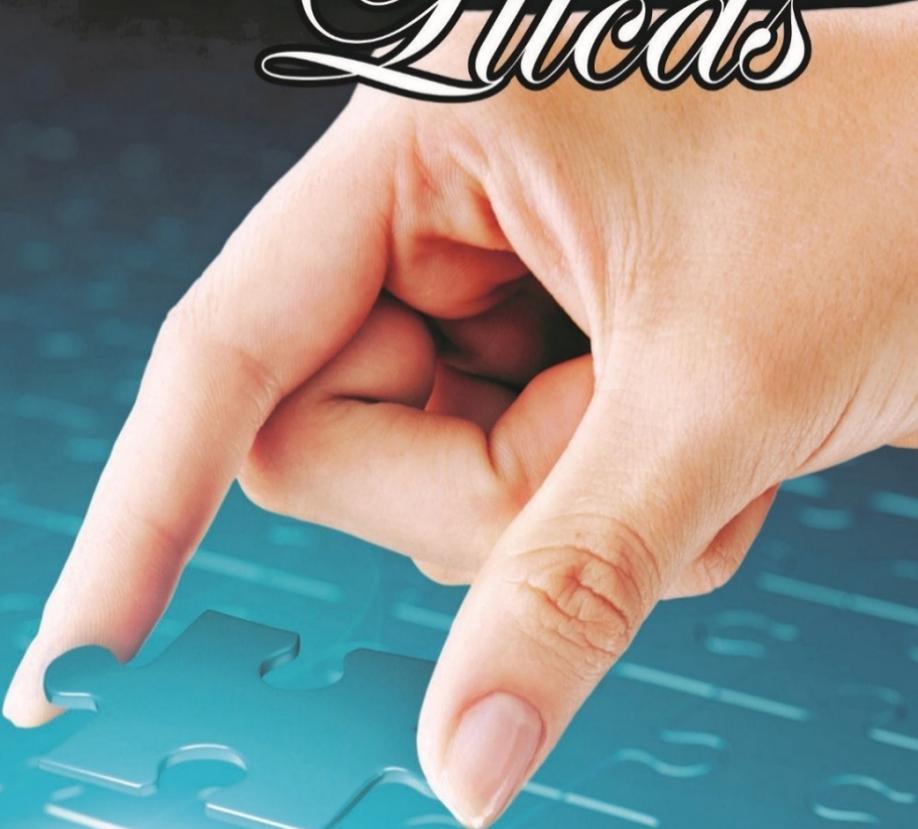


Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light skin and manicured nails, placing a dark teal puzzle piece into a larger puzzle. The puzzle pieces are set against a background of a teal grid with faint white numbers. The lighting is soft, highlighting the texture of the hand and the interlocking shapes of the puzzle pieces.

“EL LOGOS SE HIZO CARNE Y TABERNACULIZÓ CON NOSOTROS”

EI-011024-100

“EL LOGOS SE HIZO
CARNE Y
TABERNACULIZÓ
CON NOSOTROS”

© 2024 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referencias han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: octubre 2024

Escrito y editado por: Josué Galán y Roxana de Abarca

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EI-011024-100

EL LOGOS SE HIZO CARNE Y TABERNACULIZÓ CON NOSOTROS

“Y el Logos se hizo carne y tabernaculizó entre nosotros, y contemplamos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... v:18 Nadie ha visto jamás a Dios; el Unigénito Dios (que está en el seno del Padre), Él lo explicó”.

Juan 1:14 (BTX IV)

El apóstol Juan testifica en estos versículos como él y los demás apóstoles tuvieron el privilegio de contemplar la Gloria del Verbo hecho carne. Entendamos por “Gloria” la magnitud de lo que fue la existencia de nuestro Señor Jesucristo. En otras palabras, el apóstol Juan nos quiere dar a entender que cuando él y los demás apóstoles tuvieron contacto con Jesús pudieron contemplar la magnificencia de la Divinidad. Ellos contemplaron la grandeza y la Gracia emanando en la persona de Jesús, conectándolos con la realidad vivencial del mundo espiritual. Por esta razón dice: “y contemplamos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”.

El testimonio del apóstol Juan tiene algo muy particular, lo cual trataremos de explicar en este estudio. El propósito primordial de este Evangelio es que tengamos una relación con la persona de Jesús. El problema surge, a simple vista, cuando pensamos en el escenario tan distinto en el que

vivió el apóstol Juan (teniendo comunión directa con Jesús) y nosotros que nunca hemos visto físicamente al Señor.

En primer lugar, él dice: “Y el Logos se hizo carne y tabernaculizó entre nosotros”. Estas palabras se vuelven incongruentes porque no comprendemos la profundidad de lo que él está diciendo. Juan está hablando del Logos que se manifestó en carne por medio de la persona de Jesús, y que no sólo se les presentó en determinado momento, sino que tuvieron la oportunidad de vivir con Él. El haber podido convivir con el Señor Jesús mañana, tarde y noche les permitió contemplar la Gloria del Señor.

Todo este contexto vivencial que tuvieron los doce apóstoles es algo totalmente ajeno a nosotros, pues, a ninguno se nos ha aparecido el Señor de esa manera. Para nosotros la experiencia del apóstol Juan, cuando él dice: “lo vimos”, “Él vivió entre nosotros”, se nos vuelve algo impráctico, lejano y distante de nuestra realidad. Por tal razón nuestra percepción y nuestra vivencia del Evangelio se convierte en algo distinto a lo que vivió el apóstol Juan. Para nosotros la experiencia del Evangelio se limita a saber que tenemos un “fluir del Espíritu”. A algunos este fluir les alcanza sólo para tener la certeza de la salvación. Otros, en algunas ocasiones, esporádicamente, podemos percibir Su Presencia de una manera más palpable a través de alguna virtud espiritual que nos permite percibir Su realidad. En otras ocasiones percibimos Su Espíritu como una

fuerza interior que corre en nosotros cual río de agua viva. Hasta allí podríamos decir que llega la experiencia de la mayoría de nosotros en el Evangelio.

Al leer las palabras de Juan al describirnos Su experiencia en el Evangelio diciendo: “El Logos se hizo carne y tabernaculizó entre nosotros, y contemplamos su gloria...” creemos que, en ningún momento y de ninguna manera llegará a ser nuestra experiencia. Creemos que es imposible de que estas porciones de La Escritura estén vigentes para nosotros. El bloqueo mental surge cuando pensamos en el hecho de que nunca hemos visto al Señor físicamente como lo vio el Apóstol Juan. Al hacernos un análisis lingüístico, en nuestra ego narrativa interior nos decimos a nosotros mismos: “No es posible llegar a contemplar al Señor de la manera que lo contempló el apóstol Juan”. Esto es como cuando una pareja de esposos que nunca han tenido un vehículo se dicen entre ellos: “procuremos comprar un carro”, y viene el esposo y dice: “vamos a la agencia a ver los vehículos del año”. La esposa un poco más sensata le dice: “Cómo vamos a ir a la agencia a comprar un carro nuevo, tenemos que buscar uno más barato”, y de ver tanto carro y comparar precios, van bajando su perfil hasta llegar a un carro bien viejito y que a penas camina. Más o menos así nos acontece a nosotros en cuanto a la experiencia con el Señor. Lo que Juan nos narra de su experiencia en el Evangelio creemos que es como aquel vehículo del año, algo imposible de obtener. Nuestra realidad y vivencia en el Evangelio la

conceptualizamos tan limitada y degradada que nos conformamos a aceptar una relación con el Señor tan precaria como la decisión de la pareja que al verse sin dinero terminaron comprando un carro viejito.

Es paradójico que nos llamemos “creyentes”, sin embargo, no creemos. Los creyentes de hoy en día nos conformamos a creer en Jesús como Aquel que nos perdonó y, que por creer en Él, un día estaremos con Él en la eternidad; y a nivel de nuestra alma (donde está nuestra mente), lo que pensamos es que el Evangelio es una experiencia ocasional, algo que no pasa más allá de una sensación en la cual la Presencia de Dios se vuelve semi perceptible a nivel sensorial, a través de alguna virtud carismática o de un milagro. Esto es lo que piensa la mayoría de creyentes, lo que dijeron los apóstoles creemos que es una utopía.

En los Evangelios encontramos la historia de Marta, la hermana de Lázaro, que su fe en el Señor Jesús era tan limitada, que cuando lo vio le dijo: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto...”

23Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. 24Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”

(Juan 11:21-24)

Notemos como esta mujer pensaba igual que los creyentes de hoy en día, pues, le dijo: “Sí, sé que

resucitará en el día postrero...”; en otras palabras lo que quiso decirle fue: “Sé que ha de resucitar un día en la eternidad pero ahora ya no se puede hacer nada”. Para Marta no había posibilidad alguna de que Lázaro resucitara, es por eso que el Señor la corrigió y le dijo:

*“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí,
aunque esté muerto, vivirá”*

(Juan 11:25)

Ella enclaustró el Poder de Dios al análisis de su mente, y para ella no cabía la posibilidad de que el Señor Jesús, siendo la Resurrección y la Vida, tuviera a bien levantar a Lázaro de entre los muertos.

Algo así como Marta somos los creyentes hoy en día. El Señor nos ha habilitado para creer, vivir y entender lo concerniente al mundo espiritual, sin embargo, nosotros cada día somos más incrédulos a lo que puede acontecer en esa dimensión.

Tenemos que ser creyentes de lo que escribió el apóstol Juan, pues, lo que él escribió fue con el fin de animar nuestros corazones, para alentarnos, para mostrarnos una ruta de cómo alcanzar Su Gloria, no para desalentarnos. La buena noticia es que nosotros también podemos vivir y experimentar el Evangelio de Juan. Si Juan pudo contemplar la Gloria del Señor, nosotros también podemos hacerlo. La pregunta que nos tenemos que hacer es: ¿Cómo pudo el apóstol Juan tener esta experiencia?

Para empezar Juan dice: “Vimos Su Gloria”; ¿Cómo vio Su Gloria? Vio Su Gloria porque el Verbo se hizo carne, y porque el Verbo “tabernaculizó” entre ellos. Para nosotros estas dos cosas parecen imposibles, pues, ni lo hemos visto y mucho menos lo hemos visto viviendo en la tierra habitando en un cuerpo. En una ocasión el Señor Jesús dijo:

“Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios”

(Lucas 18:27)

Lo que para la mente pensante, analista y racional es imposible, para Dios sí puede ser posible. El Señor Jesús es un Camino Nuevo y Vivo que nos puede llevar al Padre.

El apóstol Juan no quiso exaltarse sobre nosotros diciéndonos: “Yo sí tuve la oportunidad de mi vida, conocí al Señor Jesús en persona”, o como quien dice: “lástima que ustedes no tuvieron esa oportunidad”. No dijo estas cosas para lucirse, sino para que sepamos que debe ser la experiencia de todos los Hijos de Dios.

Las dos condicionantes para que nosotros podamos contemplar la Gloria del Señor son las que nos dice el apóstol Juan:

1. QUE EL SEÑOR SE HAGA CARNE
2. QUE ÉL TABERNACULICE ENTRE NOSOTROS

S
E
M
A
N
A
—
2
—
Lo mismo que vivieron y experimentaron los apóstoles del Señor es lo mismo que nos debe suceder a nosotros en el Evangelio. Trataremos de explicar más a profundidad estas dos condicionantes.

LO QUE SIGNIFICA LA FRASE: EL VERBO SE HIZO CARNE

Para empezar, un error que cometemos al leer este pasaje es que al leer la frase: “El Logos se hizo carne...” Pensamos que se refiere a que el Señor se envolvió en carne humana. Hemos entendido estas palabras como que la esencia Divina del Hijo agarró un cuerpo humano y se metió en él. Si hasta allí llega la revelación del Verbo hecho carne, vamos a tambalear en nuestra fe.

En la Biblia la palabra “carne” no sólo se refiere a la masa corporal en la que habitamos fisiológicamente, sino se refiere a personas. Para esto leamos las siguientes citas:

“ya que por las obras de la ley ninguna carne será declarada justa delante de Él”.

Romanos 3:20 (BTXIV)

Es obvio que aquí la palabra “carne” se refiere a personas, y no al tejido celular del que estamos hechos.

“y sabiendo que un hombre no es declarado justo por las obras de la ley, sino ciertamente por la fe de Cristo Jesús, también nosotros creímos en Cristo Jesús, para que fuéramos declarados justos por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, porque por las obras de la ley ninguna carne será declarada justa”.

Gálatas 2:16 (BTXIV)

Este pasaje habla de hombres al inicio y “carne” al final, quiere decir que para el apóstol Pablo, “hombre” y “carne” son palabras sinónimas.

“y lo vil del mundo, y lo tenido en nada escogió Dios, lo que no es para anular lo que es, v:28 para que ninguna carne se jacte delante de Dios”.

1 Corintios 1:28 (BTXIV)

Este otro pasaje en contexto podemos decir con toda seguridad que nosotros éramos lo vil del mundo y, sin embargo, Dios nos escogió, por lo tanto ninguno de nosotros (ninguna carne) tiene de qué jactarse delante de Dios. Otra vez, hombres y “carne” son palabras sinónimas.

Cabe remarcar que los versos anteriores han sido copiados literalmente de la Traducción de la Biblia Textual IV. De igual manera en la Biblia de Las Américas encontramos llamadas para acentuar que la palabra “carne” debería ser la mejor traducción. La Versión Reina Valera 1960 en realidad interpretó el pasaje en lugar de traducirlo.

No es el meollo de este estudio escudriñar lo relacionado a la palabra “carne”, sino sólo probar que dicha palabra fue usada en la Biblia para hacer referencia a la humanidad. Al leer la frase: “El Verbo se hizo carne”, lo que debemos entender es: “El Verbo se hizo una persona”.

“Así que, por cuanto los hijos fueron consubstanciales con sangre y carne, de igual manera Él también participó de las mismas, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”.

Dice Hebreos 2:14 (BTXIV)

La Versión de la RV60 traduce este verso de la siguiente manera: *“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo...”* Sin embargo, deberíamos de entenderlo como lo traduce la BTXIV. Parafraseando ese verso según las palabras que usa la BTXIV, deberíamos entenderlo de la siguiente manera: “Por cuanto los hijos se hicieron en su naturaleza, humanos, Cristo también vino a participar de ello”. El Señor se hizo humano sin hacerse consubstancial, es decir, se hizo humano sin depender de la naturaleza humana. Con

toda seguridad podemos decir que Cristo fue una nueva sepa de “humanos”. En su genética no participó ni María, ni José y mucho menos Adán. No debemos ser simplistas para entender lo que dijo el apóstol Juan concerniente a que el Verbo se hizo carne. No es simplemente que el Verbo adquirió un cuerpo común y corriente, sino que Él fue el origen de una nueva sepa de humanos.

LO QUE SIGNIFICA LA FRASE: TABERNACULIZÓ ENTRE NOSOTROS

Dice Juan 1:14

“Y el Verbo se hizo carne, y tabernaculizó entre nosotros, y contemplamos su gloria” (BTXIV).

Ya vimos que Juan pudo contemplar la Gloria del Señor a raíz de que Él se hizo una persona. Ahora bien, el apóstol Juan también dice que el Señor tabernaculizó entre nosotros. Que el Señor se haya hecho una persona provocó que la divinidad abriera nuevas puertas; una de ellas es la posibilidad de que lo creado contacte de alguna manera con lo increado Dios.

Dice Juan 1:18

“Nadie ha visto jamás a Dios; el Unigénito Dios, que está en el seno del Padre, Él lo reveló”.

Este verso dice enfáticamente que nadie ha visto a Dios jamás. Algunas personas han tenido la

experiencia de una Teofanía, es decir, que Dios se les ha manifestado de alguna manera, sin embargo, a Dios, como esencia Divina, nadie lo ha visto jamás. Ni siquiera en las regiones celestes las criaturas angélicas han visto la esencia de Dios, mucho menos aquí en la tierra.

El apóstol Juan, dice: “El unigénito Dios, que está en el seno del Padre. Él lo reveló”, ¡Qué precioso como lo traduce la BTXIV! En otras palabras, el Verbo hecho carne, nos ha dado a conocer al Padre. En otras palabras, el hecho de que el Señor se hiciera humano, nos abrió la posibilidad para que nosotros, Su creación tuviéramos la posibilidad de contactar con Dios. Al hacerse carne, permitió que Dios estuviera al alcance de lo creado.

Hay una gran diferencia entre utilizar la palabra “tabernaculizó” como lo traduce la BTXIV y, “habitó”, como lo traduce la RV60. “habitar” es una palabra bastante limitada en base al original. Hay palabras en la Biblia que son tan amplias en su significado, que los traductores mejor decidieron transliterar la palabra original. Un ejemplo de esto es la palabra “parakletos”; que significa “consolador”, “abogado”, “uno que ayuda”, y otros significados más; de modo que es mejor entender qué es “parakletos” según el contexto del pasaje. Lo mismo sucede con la palabra “tabernaculizó” (skenoō), es una palabra muy amplia, lo mejor es entender lo que significa en base el contexto en el que aparece.

Tabernaculizar, obviamente, es también “habitar”, pero tiene otra connotación que es: “hacer accesible al ser humano la comunión”. La palabra “tabernaculizó” viene de “tabernáculo”, que bíblicamente, nos refiere a los tiempos en los que Dios decidió tener comunión con Israel y para ello les dijo que erigieran un tabernáculo. Entonces, cuando Juan dice que el Señor Jesús “tabernaculizó” entre nosotros, no sólo se refiere a que Él habitó entre los hombres, sino que también se refiere a la posibilidad que Él nos ha dado de tener comunión con Su Persona.

S
E
M
A
N
A
—
3
—

Ya entendiendo lo que significan estos dos procesos: “se hizo carne, y tabernaculizó”, pudiéramos parafrasear Juan 1:14 de la siguiente manera: “Lo Divino se convirtió en una persona humana y se puso a vivir con los humanos y, cuando ellos aceptaron vivir con Él, Su Gloria se hizo palpable. Y la Gracia de Él emanó y lograron tocar la realidad de Dios”. Tocar a Jesús en ese entonces, era tocar la esfera donde Dios habita. Esta fue la experiencia de Juan y los demás apóstoles.

Tal experiencia de los apóstoles debería ser nuestra experiencia. Seguramente nos conmociona pensar que tal aseveración puede ser cierta, pero ¡Sí! el Señor nos dejó una manera para poder vivir la experiencia del apóstol Juan. ¿Cuál es esa manera? La Resurrección. Si creemos que el Señor resucitó, eso nos abre el camino para que Él sea reincorporado a nuestra experiencia en el Evangelio aunque Él haya muerto hace dos mil años. La Resurrección nos permite una vez más ver a Jesús hecho carne y tabernaculizando entre nosotros.

Dice Romanos 1:3

“acerca de su Hijo, de la simiente de David según la carne, 4declarado Hijo de Dios con poder, conforme al Espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos, nuestro Señor Jesucristo” (BTXIV).

¿De cuál Jesús está hablando el apóstol Pablo? Obviamente, del Jesús hecho carne, del que

provenía de la simiente de David según la carne. El apóstol Pablo remarca que Él no va a hablar de un espíritu, sino de un humano, de alguien que antes de morir habitó en un cuerpo, y que después de morir resucitó con un cuerpo, sólo que glorioso. La resurrección es el camino que Dios nos abrió para que estemos una vez más en contacto con Él.

Permítame formular la siguiente pregunta: “¿Murió Dios en la cruz del Calvario? ¡No! Porque Dios (esencia) no puede morir. Entonces, ¿Por qué tuvo Dios la necesidad de resucitar a Jesús si de todas maneras Él seguía indestructible? Recordemos que el Señor Jesús resucitó y se presentó ante los suyos con pruebas infalibles de que era Él mismo. Recordemos que a Tomás le dijo:

“Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”

(Juan 20:27).

¿Si Dios seguía siendo Dios, qué necesidad tenía de resucitar el cuerpo de Jesús? Lo que sucedió es que Jesús no sólo volvió a la vida, sino que ¡Resucitó! Él fue las primicias de la Resurrección.

La Resurrección es una puerta dimensional para nosotros los que no vimos físicamente a Jesús. El apóstol Pablo no vio a Jesús como lo hizo el apóstol Juan, sin embargo, hablaba con toda firmeza y denuedo del Cristo Resucitado. Dice **1 Corintios 15:14**

“Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe”.

El Evangelio que predicaron los apóstoles era acerca de un humano que resucitó, por lo tanto, ellos testificaban acerca de una persona viviente. Tal persona viviente y gloriosa es la misma que quiere mostrarse y estar con nosotros siempre. Él desea que lo miremos, sólo que no con nuestro sentido natural de la vista.

Hoy en día estamos bombardeados por maneras de pensar erradas, tales como: “lo que se ve se cree, lo demás es irreal”. Tal aseveración es falsa. ¿Acaso no todos respiramos y nunca vemos el aire? La mayoría de creyentes de este tiempo somos como Tomás, incrédulos, nos cuesta trabajo creer en la Resurrección. Sin embargo, el Señor quiere que lo veamos tal y como Él es: ¡Una persona resucitada!; y que además, quiere estar en comunión con nosotros.

Nuestro cerebro está conformado por dos hemisferios, derecho e izquierdo. El hemisferio “derecho” es donde se desarrolla la creatividad, las artes, la inspiración, la imaginación, etc. Lo que hoy el hombre ha desarrollado es porque se lo ha imaginado. Podemos mencionar, entre estos casos sobresalientes de la humanidad, a Julio Verne y su famoso libro: "Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino", en el cual escribe acerca de lo que en su tiempo no existía. Tenemos que usar el hemisferio derecho de nuestro cerebro, con el cual

creemos lo que no vemos. El hemisferio izquierdo del cerebro, por el contrario, es el que nos formula los razonamientos, el que desea una comprobación palpable de las cosas. No seamos cerrados para creer. El Señor diseñó nuestro cerebro de una manera perfecta, si bien es cierto tenemos que razonar, también tenemos que ser “creyentes” en lo que no vemos.

Tenemos que ser abiertos en nuestra mente y creer, pues, allí el Señor toca a la puerta para estar con nosotros como esa persona resucitada de la cual testificaron los apóstoles. Esto es posible y es una realidad por medio de la Resurrección.

Uno de nuestros mayores problemas en cuanto a la fe es que creemos que todas las promesas de Dios se cumplirán hasta que estemos en la eternidad. De igual manera también nos cuesta creer lo cercano e inmediato que tenemos a la Persona de Jesús. Por ejemplo, la mayoría creemos que Cristo está a la diestra del Padre en algún lugar muy lejano en las regiones celestes; pero Romanos 8:10 dice que el Señor está en nosotros. ¿Cuál enunciado es el correcto? ¡Los dos son ciertos!, Él está sentado a la diestra del Padre pero a la vez vive en nosotros. ¡Creémoslo! No seamos como Tomás y Marta, dos discípulos incrédulos.

Ahora bien, el Señor no sólo quiere estar en nuestro espíritu, sino que Él quiere habitar en todo nuestro ser. El mundo espiritual no tiene un espacio delimitado, las esferas celestes no tienen fronteras,

no nos compliquemos en calcular lo lejos que puede estar el tercer cielo. Los hombres de Dios que lograron entender estas cosas no se enconflataban por las experiencias espirituales que tenían. Por ejemplo el apóstol Juan cuando le revelaron el Apocalipsis decía:

“Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor...”

(Apocalipsis 1:10)

En otras palabras, él fue llevado al escenario de la venida del Señor, que obviamente no ha sucedido, sin embargo, fue llevado a ese momento en el Espíritu. Basta con leer Apocalipsis para ver las tantas dimensiones a las que el apóstol Juan pudo acceder por medio del Espíritu. ¿Hay lógica o razonamiento para estas cosas? Definitivamente que no. Los creyentes que quieran encontrar a Dios con el uso de su razón (con su hemisferio cerebral izquierdo) se verán privados de mucha revelación.

Dice Hebreos 1:6 (Versión Moderna)

“Y otra vez, al volver a introducir al Primogénito en el mundo...”

Al leer “otra vez”, inmediatamente pensamos cuando Él vuelva, sin embargo, el sentido del pasaje es decirnos que el Señor resucitó, y una vez más el Señor Jesús fue puesto al alcance de los hombres, así como estuvo al alcance de Juan y los demás apóstoles.

Replanteemos lo dicho anteriormente con un poquito de imaginación bíblica. Primeramente Dios envió al verbo a hacerse un humano y lo puso al alcance de todos los mortales que vivieron en su tiempo. Después, por voluntad Divina, el hijo murió, pero el Padre no dejó allí las cosas, sino que lo resucitó. Para Dios resucitar a Cristo fue volver a engendrarlo una vez más. Este verso dice que el Hijo fue introducido una vez más en el mundo, ¿Cuándo fue esto? Después de resucitar. Así como Cristo estuvo al alcance del apóstol Juan y sus contemporáneos cuando Él nació en Belén, así también, después de la resurrección quedó al alcance de todos los discípulos de todos los tiempos por cuanto Él está resucitado y nunca muere. Por esta razón vemos que cuando Él resucitó, antes de ser llevado a los cielos, el Señor se les aparecía a los discípulos de manera espontánea y, de igual manera, lo dejaban de ver. Él no tenía límites de tiempo y espacio porque era un humano resucitado, ya no estaba amarrado a tiempo y espacio como lo estamos nosotros. Él se les aparecía físicamente estando ellos reunidos a puerta cerrada, se les apareció a algunos mientras iban caminando, les dio de comer a otros de sus discípulos que estaban pescando y comió delante de ellos. ¿Hay lógica para todas estas cosas que hizo el Señor? ¡No! Sólo que era un resucitado habitando en un cuerpo glorioso. El Señor Jesús no es sólo Espíritu, es un humano Resucitado, tan humano que hasta comió después de haber resucitado.

S

E

M

A

N

A

—

4

—

El Señor Jesús que predicamos es un ser completo, de eso se trata el Evangelio completo, por lo tanto, debemos predicarlo completo. Por medio de la resurrección podemos tener la misma experiencia que tuvieron los apóstoles y todos los contemporáneos que tuvieron la oportunidad de ver al Señor antes de morir en la cruz. Por eso el Señor Jesús dijo: "... bienaventurados los que no vieron, y creyeron". Tenemos que creer que Él vive, que existe en carne una vez más y debemos permitirle que tabernaculice en nosotros.

Permitirle al Señor que haga tabernáculo en nosotros es permitirle que haga morada en nosotros. Nos tiene que acontecer como a Zaqueo a quien el Señor le dijo: "Es necesario que pose en tu casa". ¿Estamos dispuestos a dejar vivir a la Persona de Jesús en nosotros y tener comunión con Él como la tenemos con nuestra familia? ¿Podemos hacer de la relación con el Señor Jesús algo tan real como lo que vivimos a diario con los de nuestra casa? No una relación con un Espíritu, sino con una persona resucitada.

Darle morada a esa Persona Divina es necesario porque de lo contrario Su realidad se esfuma. La persona resucitada del Señor actúa exactamente como lo que narran los Evangelios. El Señor se les aparecía y de igual manera se desaparecía. Si recordamos a los discípulos que iban camino a Emaús, mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús se les acercó, y mientras caminaban el Señor les hablaba y les declaraba en todas las

Escrituras lo que de Él decían. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas Él se desapareció de su vista. Nuestra experiencia es muy similar a la de estos discípulos, que el Señor iba con ellos pero no lo percibían. Nosotros tenemos que tener la certeza de que el Señor camina con nosotros, aunque no lo veamos con el sentido de la vista natural. Tenemos que descubrir la manera de ver las cosas del mundo espiritual. Dice **Hebreos 11:27** acerca de Moisés:

“Por fe dejó Egipto, no temiendo la ira del rey, y se sostuvo como viendo al Invisible”.

Tenemos que aprender a ver lo que no se ve con los ojos naturales.

Abramos nuestra mente, aprendamos a hacer uso del hemisferio derecho de nuestro cerebro, seamos más sensibles para creer lo relacionado a las cosas Eternas. Si le permitimos al Señor tabernaculizar en nosotros, Su luz alumbrará nuestras tinieblas y allí lo veremos. Nos daremos cuenta de que Jesús siempre ha estado con nosotros a pesar de que lo hayamos relegado a vivir bajo la penumbra de nuestros pensamientos.

¿Qué debemos hacer para llegar a ser moradas del Señor? Una de las maneras es caminar la ruta del Rey David, el cual procuró tener consigo el Arca del Pacto que era la Presencia misma de Dios. El tabernáculo de Moisés constaba de tres partes: Atrio, Lugar Santo y Lugar Santísimo que era donde

reposaba el Arca del Pacto. En los días del Rey David el Tabernáculo de Moisés estaba erigido en un lugar llamado Gabaón (1 Crónicas 21:29), sin embargo, a causa de una guerra con los filisteos el Arca del Pacto se quedó fuera del Tabernáculo de Gabaón, y la dejaron en un lugar llamado Quiriat-Jearim (1 Crónicas 13:5). En los días de su reinado, Dios le puso a David el sentir de tener el Arca del Pacto consigo, pues, la habían olvidado desde los días de Saúl, así que reunió a sus oficiales y se dispusieron traer el Arca desde Quiriat-Jearim hasta Jerusalén. David se dio cuenta que el Arca había pasado muchos años fuera del Tabernáculo de Moisés, por lo tanto, vio la posibilidad de tenerla donde él vivía. Así que hizo un gran desfile con miras de llevar el Arca a Jerusalén (1 Crónicas 13:5-9). Ese desfile fracasó, Dios mató a un hombre llamado Uza porque éste se atrevió a tocar el Arca. Al ver esto David detuvo el desfile y dejó el Arca en casa de un hombre llamado Obed-Edom (1 Crónicas 13:14). Pasaron tres meses y le fue dada la noticia a David que Dios había bendecido la casa de Obed-Edom, así que nuevamente organizó otro desfile para llevar el Arca a su casa. Sólo que esta vez primero preparó un lugar y una tienda (o tabernáculo) donde fuera a descansar el Arca (1 Crónicas 15:1). Este fue el secreto de David, preparar una tienda donde estuviera el Arca. En un sentido espiritual es lo que nosotros también debemos hacer, tener un lugar, un tabernáculo en nuestras vidas donde el Señor entre y tenga comunión con nosotros.

Recordemos, nuestra comunión no es con cualquier espíritu sino con el Hijo de Dios, es decir, con la persona resucitada de Jesús, el Verbo hecho carne. Si no tenemos tabernáculo, el Señor pasará de largo y se va a alejar de nosotros.

¿Cuál es el Tabernáculo que el Señor busca ahora? La morada que Él busca se edifica por medio de la adoración en Espíritu y en Verdad. Necesitamos recobrar la Alabanza y la Adoración. No es casualidad que el Señor todos estos años nos haya regalado tantos coros, Él ha estado preparando el Camino para que nosotros seamos Adoradores en Espíritu y en Verdad. Si así hacemos, el Señor vivirá con nosotros, caminará con nosotros, y por ende, también contemplaremos Su Gloria, la Gloria del Cristo Resucitado. ¡Aleluya!